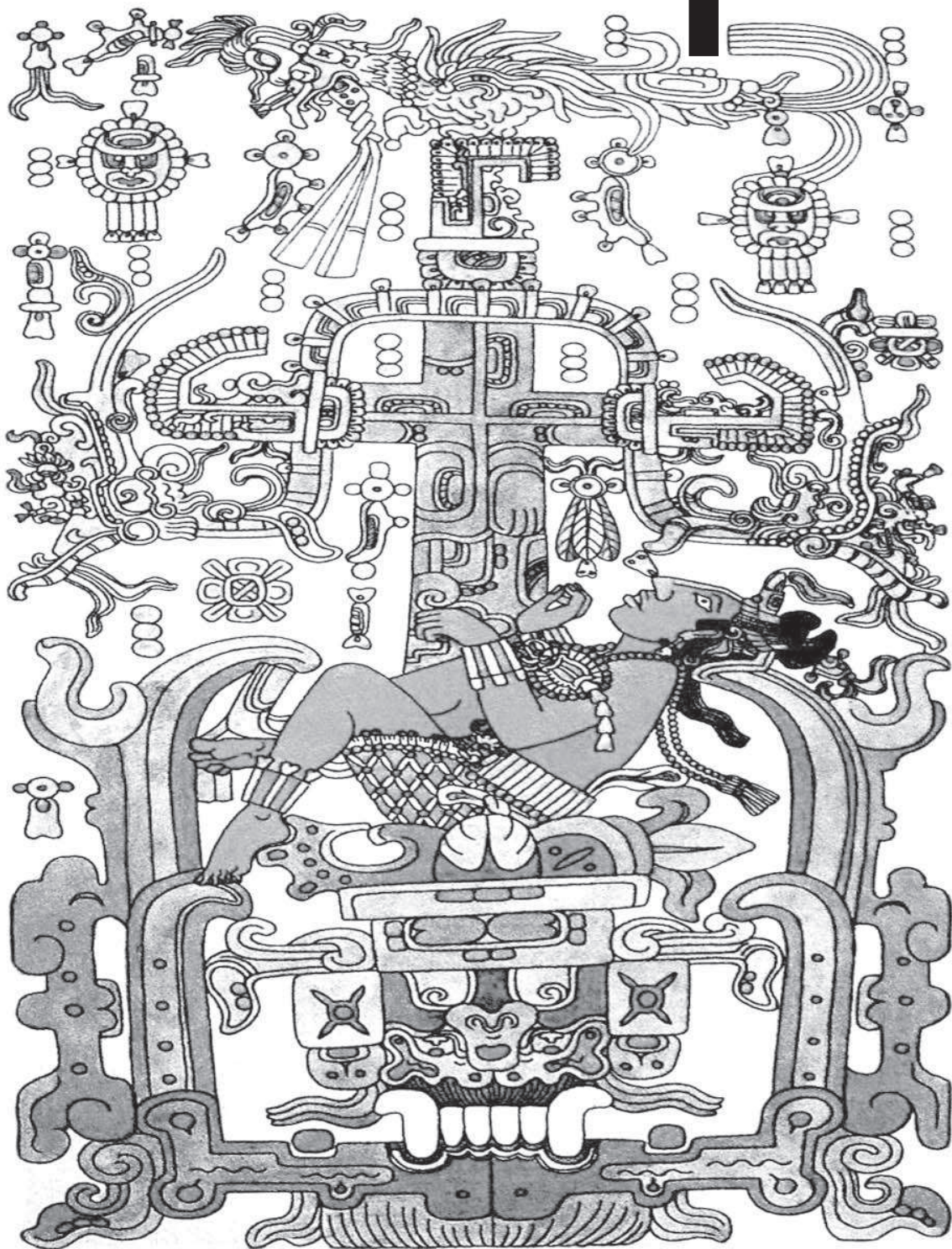


La milpa



Escena representada sobre la lápida que cubre el sarcófago del Rey Pakal en Palenque.



Ramón Mariaca Méndez

Algo en lo que hipotéticamente pueden coincidir, tanto un caminante del paisaje rural del sur de México de hoy, como otro de hace 500 años, es la presencia de hermosos campos cultivados con maíz, formando mosaicos con vegetación natural por doquiera. Esto no es fortuito, ya que en buena parte del territorio nacional los binomios maíz-hombre, maíz-sociedad, maíz-cultura, han formado una sólida alianza desde por lo menos hace 3,500 años... o más.

La manera más generalizada para nombrar a estos maizales es "milpa", vocablo que viene del nahua *milli* y que significa simple y llanamente sembradío. Claro está, si tenemos la curiosidad de preguntar cómo se denomina a la milpa en cada una de las lenguas de quienes la siembran, encontraríamos que entre los mayas de la península de Yucatán se le conoce como *ko'ol*, que los lacandones la nombran *ko'or*, que los ch'oles del sur de Tabasco y norte de Chiapas le llaman *cholel* y que los tseltales y tsotsiles, habitantes de los Altos, norte y selva de Chiapas, le dicen *ch'omtic*, por mencionar algunos ejemplos.

Algo interesante de este agroecosistema es que podemos analizarlo desde muchos aspectos...

¿Alimento de pobres?

Es triste apreciar que por ser patrimonio del pueblo sojuzgado por los europeos

desde el siglo XVI, la milpa se ha convertido en sinónimo de pobreza, situación distinta antes de la llegada de las huestes de ultramar, cuando había una importante diversidad de sistemas de cultivos donde el maíz estaba presente, y ni qué decir que este grano era la base de la economía de muchos pueblos y naciones. Tan sólo pensar en la pujanza de las terrazas, las chinampas, los campos irrigados, los campos drenados, así como en las milpas insertas en sistemas de aprovechamiento de recursos naturales –basados en el sistema que dio lugar a lo que hoy llamamos roza-tumba-quema–, nos permite vislumbrar la grandeza de antaño.

Por desgracia, la gran desventaja económica en la que en la actualidad están inmersos la gran mayoría de milperos es lacerante y se asocia con desnutrición, bajos niveles de escolaridad, alta morbilidad y mortalidad, menor esperanza de vida y en general, bajos indicadores de la calidad de ésta. Por eso, la mayoría de los millones de migrantes campo-ciudad y campo-Estados Unidos son tristemente prófugos de la milpa.

Desde la perspectiva de la economía, se afirma que la galopante pobreza de nuestros campesinos se debe a una transferencia de capital del campo a la ciudad, donde los productos rurales son pagados a "casi nada" para llegar a las ciudades con un precio mucho mayor, debido a que a lo largo de la cadena de co-

mercialización se cuelgan de ellos varios intermediarios rurales, urbanos e industriales. Cuando el agricultor debe comprar productos provenientes de la ciudad, pagará altos excedentes, resultado de las ganancias que reciben los intermediarios y transformadores a partir de lo que ellos, los campesinos, cosecharon. No obstante, los milperos y sus milpas han sobrevivido desde hace varios milenios...

La biodiversidad del sistema

Otro análisis sobre la milpa es que se trata de una de las estrategias que el campesino tradicional tiene –junto con el huerto familiar o traspatio y algunos aprovechamientos forestales– para asegurar comida y satisfactoras a lo largo del año.

Esto significa que la milpa llega a producir, además de maíz, 52 especies vegetales entre los lacandones, casi 40 entre ch'oles y tseltales, unas 20-25 entre los tsotsiles y hasta 32 entre los mayas de Yucatán. También proporciona entre cinco y diez arvenses o "verduras", que son plantas silvestres alimenticias, unas dos a cinco especies de hongos silvestres, carne de tuza y otros mamíferos (tepezcuintle, armadillos, venados, puercos de monte, mapaches y varios más), diversas aves (como loros, zanates, tortolitas, codornices y pavos silvestres) e insectos comestibles. Asimismo, aporta leña y productos variados, como la hoja de palma

en el SUR de México



MARÍA ANTONIA GHE

que crece ahí de manera espontánea y que sirve para techar las casas rurales, e incluso polen para las abejas criadas por los grupos campesinos.¹

Hemos aprendido que la milpa es sólo uno de los cerca de 15 subsistemas de producción y actividades vinculadas con la economía campesina. Las familias extensas y nucleares en Yucatán tienen acceso también al huerto familiar; el *pach pakal* o huerto hortícola anexo a la milpa; el cultivo en rejolladas (depressiones naturales relacionadas con cenotes que han perdido el agua); la cacería y captura de fauna silvestre; la pesca en cenotes y aguadas; la recolecta de materiales para construcciones rurales y de otros satisfactores vegetales, como plantas de ornato ceremoniales, comestibles, medicinales o artesanales; la recolecta de miel de abejas y avispijillas silvestres; la cría de abejas sin aguijón y de abejas italianas; la construcción de hornos de carbón y de cal, y la obtención de tierra, piedra y *saskab* (material usado para mezclas de construcción).

Algo similar sucede con los otros grupos étnicos mayas. Todo esto se complementa con el comercio, la elaboración de artesanías, la práctica de actividades agropecuarias comerciales (cacao, café, gallinas, ganado), la venta de la fuerza de trabajo y los subsidios del Estado mexicano, más bien temeroso de levantamientos sociales asociados con la pobreza, que deseoso de mejorar los ínfimos niveles de vida de esta población.

Los tiempos míticos

Al abordar la milpa desde la perspectiva mítica, sabemos que en las manifestaciones más antiguas de pintura y escritura del pueblo maya, la figura del maíz y de *Hun nal ye* o Señor Maíz Primordial, se

¹ Los interesados en el tema de la biodiversidad de la milpa pueden encontrar más información en el artículo "Agrobiodiversidad: ¿sabemos cuántas plantas se cultivan y cuántos animales se crían en el sureste de México?", publicado en la revista Ecofronteras 40 (www.ecosur.mx).



asocia con el principio de la civilización misma, cuya fecha mítica es de 3,114 a.C. También se le puede encontrar en los murales de San Bartolo en Guatemala, pintados 100 años a.C. La figura del "dios joven" del maíz aparece con frecuencia en frescos, cerámica, grabados y en los códices Madrid, Dresde e incluso el Grolier (un códice de autenticidad controvertida).

Históricamente, el valor que tiene el maíz es tal que algunos pueblos mayas se llaman a sí mismos "los milperos u hombres del maíz" (ch'oles) o "los que hablan la lengua de los milperos" (chorties).

Otras formas de autodenominación provienen tal vez de un relato narrado en el Popol Vuh (texto fundamental en la cultura maya), en el que las mujeres y los varones actuales (de la tercera era) fueron hechos de maíz, a diferencia de las personas de tierra y de madera de las dos eras anteriores, quienes fueron aniquilados por no poder comunicarse con sus dioses. Entonces, las personas de hoy, los "hombres de maíz", vendríamos a ser "los hombres verdaderos", encontrándose esta acepción de sí mismos entre los lacandonos o *hach winik*, y los tseltales y tsotsiles o *bats il k'op*.

De igual modo están quienes hablan "la lengua verdadera": los *tojolwinik'otik* o tojolabales y los *yokotan* o *yokokiniko* o chontales de Tabasco. Este dato es interesante si consideramos que la glotocrono-

Además de cuidar y seleccionar año tras año y siglo tras siglo sus semillas, los grupos mayas van generando nuevas variedades y cultivares, de modo que la gran agrobiodiversidad existente en nuestro territorio sólo puede ser explicada a partir del cuidado consciente de conservación de la biodiversidad y del impacto favorable de la cultura campesina tradicional sobre ella.

logía² maya ha asignado una antigüedad máxima de unos 2,000-3,000 años a las protolenguas³ de tales idiomas, mientras que la arqueología registra unos 1,000-1,500 años más a la llegada del maíz a las tierras altas mayas de Guatemala.

En la vida cotidiana

Cada día nos resulta más claro que el ciclo de vida de la población maya se da prácticamente en torno al maíz, lo mismo que su cosmovisión sincrética católico-maya. Esto se aprecia con nitidez en las múltiples ceremonias agrícolas y en las creencias donde Jesucristo se vincula con el Padre Sol y éste con el maíz. No hay que dejar de mencionar que al ser una planta sagrada, se considera "poderosa" y también se utiliza en rituales de curación y adivinación.

De igual modo, al preguntar recientemente a varios campesinos de la geografía maya sobre el origen del hombre,

todos manifestaron haber recibido de sus mayores una historia que invariablemente nos lleva al origen mítico de los hombres del maíz del Popol Vuh.

Respecto a la tecnología utilizada para su cultivo, el campesino la aprende día a día desde niño, acompañando y platicando con sus mayores, y después, a partir de la reflexión de su propia experiencia y la de otros milperos con quienes tiene comunicación. En este mecanismo, propio de la ciencia campesina, el amor a la tierra, el cariño a las plantas y la voz de los árboles, los animales, el viento y el agua, se conjugan para lograr las cosechas.

En el mismo sentido de vinculación con el entorno natural, el campesino maya trabaja y vive bajo la protección de los "señores" o "dueños" del monte, de la selva, del agua y de la tierra, a quienes cotidianamente invoca, da gracias y ofrenda velas, incienso, alcohol y maíz.

Esta actitud ha permitido que además de cuidar y seleccionar paciente-mente año tras año y siglo tras siglo sus semillas, los grupos mayas vayan generando también nuevas variedades y con ello nuevos cultivares, de tal forma que

² Técnica para calcular la separación temporal entre lenguas emparentadas.

³ Reconstrucción probable de una lengua o grupo de lenguas para conjeturar cuál fue el camino seguido en su evolución.

la gran agrobiodiversidad existente en nuestro territorio sólo puede ser explicada a partir del cuidado consciente de conservación de la biodiversidad y del impacto favorable de la cultura campesina tradicional sobre ella.

Aunado a ello, la gastronomía del pueblo maya es rica, y en mucho se debe a la gran cantidad de plantas que se cultivan y a los animales a los que se tiene acceso, ya sea por cría o por caza o captura.

Instrumentos y medidas

En el proceso de domesticación del maíz y sus plantas asociadas, no sólo se han logrado transformar muchas de las plantas originales desde su condición de vegetación silvestre o de arvense, sino también se ha generado un importante conjunto de instrumentos de trabajo o herramientas, y se ha permitido la continuidad de unidades de pesos y medidas usados en torno a la milpa o sus productos.

El palo sembrador, conocido genéricamente como *coa* (seguramente del nahua *coatl*, serpiente), y el depósito para la semilla (ya sea de caparazón de armadillo, de cáscara de calabazo o un morral), juntos representan el trinomio campesino-hombre, *coa*-falo y depósito-testículo, indispensable para la siembra-fecunda-

ción de la madre tierra. En ella, el grano-semen permitirá el nacimiento anual del maíz-nuestro padre, y con ello se explica tanto el respeto religioso que se le tiene al raquis o *bacal* u *olote* del que ha salido la semilla, como la abstinencia sexual previa a la siembra o el consumo de determinados alimentos para "darle fuerza a la milpa"; también destaca la función del granero o "casa del maíz" (*nail ixim*), donde se recibe con respeto y veneración a las mazorcas de la cosecha.

Junto a estos dos instrumentos (*coa* y depósito para semillas) más el granero, el maíz ha "obligado" la generación del *pixcador* o herramienta con la que durante la cosecha se rasgan las hojas verdes que envuelven a la mazorca, llamadas brácteas, *joloch* o *totomoxtle*; de los utensilios para sacar el maíz de la milpa (canastos, redes, morrales), así como las trampas tradicionales para capturar tuzas, aves, o las estructuras tipo tripié para espiar mamíferos mayores.

Respecto a las unidades de pesos y medidas, a la milpa se han asociado algunas como el *mecate* de la península de Yucatán o la *tarea* de los Altos de Chiapas, cuyas superficies cuadradas de 20 x 20 o 25 x 25 metros encajan sugestivamente tanto con la unidad vigesimal maya, como

con la idea del mundo de cuatro esquinas (o la *mesa tsotsil-tseltal*), y más todavía cuando el trabajo se circunscribe unidad por unidad (por ejemplo, en el deshierbe, hasta que se termina un mecate se pasa a otro). En ciertos casos, como en la milpa yucateca, ésta se encuentra flanqueada invariablemente por cuatro mojoneras (piedras usadas como esquinero), que en su origen remoto bien podrían ser los cuatro bacabes o cargadores del mundo de los antiguos códices.

El maíz y el tiempo o el tiempo del maíz

Para concluir este breve ensayo, es interesante apreciar cómo en el calendario tradicional de 20 meses de 18 días –que en muchas comunidades se sigue observando, o bien, se ha readoptado–, el momento de la siembra y la cosecha está asociado a determinados "meses", al igual que otros fenómenos.

Podemos mencionar dos ejemplos observados en Chiapas: En San Juan Chamula, la siembra tiene como indicadores los cinco días aciagos, que son los cinco días "sobrantes" o "vacíos" del año, partiendo de que la cuenta de los meses (20 x 18) arroja sólo 360 días. En Santa Martha, Chenalhó, el mes de *uch* debe recibirse protegiendo la milpa con una bolsita que contiene una calaverita de tuza o huesitos pollo y unas tortillitas rituales, colgándola en las vigas de la casa campesina.

Para concluir, vista la riqueza de la milpa campesina, sólo queda hacerse una pregunta: si la milpa ha demostrado ser un sistema de producción altamente adaptativo en el tiempo, el espacio y la cultura, ¿cuánto tiempo podrá resistir el embate de la ignorancia de los administradores de la nación mexicana, en la medida de que diariamente asfixian más y más al campesino tradicional? ☞

Ramón Mariaca es investigador del Área de Sistemas de Producción Alternativos, ECOSUR San Cristóbal (rmariaca@ecosur.mx).

